

Iván Lópezgallo, **1863. El sitio y la caída de Puebla**, Puebla, BUAP, 2021, 326 pp.

Brenda T. Conde\*

*Tras la victoria vino el sitio, con el sitio se desató el infierno.*  
Capitán Severo de la Cruz

El periodista e historiador Iván Lópezgallo reaparece en las librerías con un nuevo texto que, a diferencia de sus últimos libros publicados —la biografía de una leyenda de las artes marciales en México (*El camino de un Guerrero. Vida y legado de Isaías Dueñas*, Porrúa, 2019) y un compendio de relatos breves sobre pasajes destacados de la historia de nuestro país (*El que no espera vencer ya está vencido. Personajes y hechos que nos dieron patria*, LoGo, 2020)—, sorprende al lector al adentrarse en los territorios de la ficción con una novela que mezcla amor, patriotismo, honor y lealtad, pero que más de una vez va de la mano con la muerte, la traición, la intriga y la desesperación.

---

\* Licenciada en Periodismo por la Universidad de la Comunicación, México. Ha sido reportera y reseñista en diversos medios de comunicación en las fuentes de cultura y CDMX. Correo electrónico: [brenda.tconde@gmail.com](mailto:brenda.tconde@gmail.com)

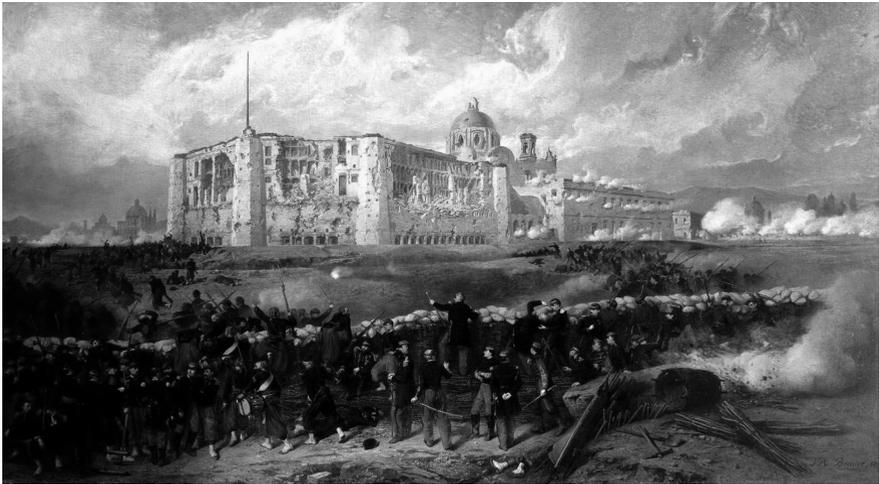
Como en los trabajos mencionados, el ritmo narrativo del autor no decepciona al público, ya que se caracteriza por ser ágil y mantener la atención y el interés de sus lectores en cada párrafo gracias a la intensidad y naturalidad de los diálogos. Además de que consigue atraparnos desde las primeras páginas por la calidad de las descripciones y la mezcla entre ficción y realidad de la trama.

Realidad que Lópezgallo respeta gracias a una exhaustiva revisión de cartas, diarios, mapas y documentos oficiales que son poco conocidos por el público en general, pero que se encuentran disponibles en diferentes librerías y bibliotecas, tanto tradicionales como digitales. Estos trabajos —muchos de ellos escritos por testigos directos de los acontecimientos, como los militares Francisco P. Troncoso, Cosme Varela, Carlos Casarín, Jesús González Ortega, Porfirio Díaz y Agustín Alcérreca, o el religioso conservador e imperialista Tirso Rafael Córdova— permiten a Lópezgallo no solo construir un entorno que respeta al máximo los acontecimientos retratados, sino que al mismo tiempo resulta veraz e interesante para sus lectores, quienes lo mismo conocerán las características de los ejércitos antagonistas, las fortificaciones y los planes de ataque, que los dulces, alimentos y juguetes de la época.

Es importante mencionar que, historiador al fin y al cabo, Lópezgallo hace en este libro algo que los autores de trabajos similares suelen omitir: presentar una lista de las fuentes consultadas. Iniciativa que, de acuerdo con lo que el novelista reseñado suele mencionar en entrevistas y presentaciones, busca facilitar que los lectores no especializados en la investigación histórica puedan obtener más información sobre los acontecimientos y personajes que aparecen en las páginas de la novela.

Con el título de *1863. El sitio y la caída de Puebla*, esta novela nos acerca a los principales acontecimientos políticos y militares que se desarrollaron en nuestro país entre su Independencia en 1821 y la caída del Imperio de Maximiliano en 1867; aunque específicamente a lo ocurrido en la Angelópolis entre los años de 1862 y 1863. Además de que, al mismo tiempo, nos permite conocer a un buen número de personajes que lo mismo pueden resultarnos entrañables y/o aborrecibles. Algo lógico si consideramos que, como afirma el escritor, de ambos está llena la historia de México.

El libro arranca con un breve recorrido por las primeras décadas de vida del México independiente, para después abordar el triunfo de las tropas mexicanas sobre las francesas en Puebla y, finalmente, centrarse en el espacio temporal en que se desarrollará la historia: 159 años antes de entregar esta reseña y diez meses después de la inolvidable batalla del 5 de mayo de 1862. Específicamente en el momento en que las tropas expedicionarias del emperador francés Napoleón III —bajo las órdenes del senador y general Élie-Frédéric Forey, un respetado héroe de las guerras de Crimea y franco-austriaca— llevaron a cabo su segunda operación militar en contra de la que en ese momento era la segunda ciudad más importante de nuestro país.

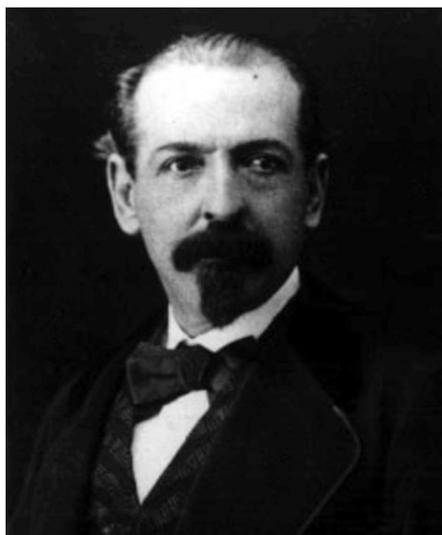


Ataque al fuerte de San Javier durante el sitio de Puebla, 29 de Marzo de 1863.

Este periodo, conocido como *Sitio de Puebla*, es el momento exacto en el que, guiados por el capitán Severo de la Cruz, personaje ficticio y muy bien informado, descubrimos lo que ocurrió cuando más de 24,000 franceses —todos experimentados soldados profesionales—, apoyados por cerca de 2,000 conservadores bajo las órdenes de los conservadores Leonardo Márquez y Juan Vicario, se plantaron nuevamente sobre la Angelópolis y encontraron una resistencia que jamás se imaginaron. Esto porque los mexicanos pelearon con fiereza para mantener sus po-

siciones calle por calle, casa por casa, incluso metro por metro, ya que su general en jefe, Jesús González Ortega, estaba decidido “a defender manzana por manzana y edificio por edificio, aunque todo quede convertido en escombros”, según escribió al general Ignacio Comonfort la noche del 31 de marzo de 1863. Cita que Lópezgallo utiliza al comenzar la tercera de las cuatro partes en que se divide la novela y cuyos títulos nos remiten a las órdenes de un fusilamiento: “¡Atención!”, “¡Preparen!”, “¡Apunten!”, “¡Fuego!”.

Como podemos ver en las páginas de esta novela y en diversos documentos históricos sobre el Sitio de Puebla en 1863, la aseveración de González Ortega distaba mucho de ser simple retórica y así se encargó de transmitirlo a sus hombres. Uno de ellos era el coronel zacatecano Miguel Auza, quien dejó a un lado las leyes para ponerse el uniforme militar y, como muchos de sus contemporáneos, acudir en auxilio de su patria amenazada. Auza estaba al frente de las tropas acantonadas en el convento de Santa Inés —un punto fundamental para la defensa— y, poco antes de ser atacado, un correo le transmitió una orden de González Ortega. Era corta, contundente y clara, pero que no todos estaríamos dispuestos a seguir al pie de la letra: “rechazar al enemigo o defender el



General Miguel Auza.

punto que le estaba encomendado hasta caer muerto o prisionero con la fuerza que le obedecía”.

Sin embargo, el coronel Auza cumplió a cabalidad con las instrucciones recibidas, ya que aunque el nutrido bombardeo de los franceses provocó que un muro se desplomara y le cayera encima, sepultándolo e hiriéndolo de gravedad, tras ser desenterrado en medio del tiroteo continuó en su puesto y únicamente dejó a sus soldados cuando rechazaron definitivamente el ataque enemigo, luego de siete horas de lucha sin cuartel. Por ello, al terminar la batalla, el general González Ortega se refirió a Auza como “valiente entre los valientes” y lo ascendió a general brigadier.

Como Miguel Auza, otros oficiales destacaron durante los 62 días que duro el sitio. Entre ellos podemos citar a los generales Mariano Escobedo, Felipe Berriozábal, Porfirio Díaz, Ignacio de la Llave, Miguel Negrete y Lucca Ghilardi, un italiano que peleó junto a Giuseppe Garibaldi en Italia y fue fusilado por combatir al imperio de Maximiliano —vale la pena señalar que, antes de su ejecución, Ghilardi pidió que le dieran la nacionalidad mexicana, pues quería sentirse parte de la tierra por la que habría de morir—. Junto a estos hombres, algunos más famosos que otros, estuvieron personajes como Joaquín Colombres, Bernardo Smith, Jesús Lalanne, Francisco Vidal, Octavio Rosado, Cosme Varela, José Montesinos, Teodosio Lares, Isidoro Santelices y Carlos Casarín. Reconocer a los defensores poco conocidos de Puebla es una de las motivaciones que tuvo Lópezgallo para escribir este libro, algo que menciona en los primeros capítulos y por lo que el protagonista de la novela no es un oficial de alto rango, sino un humilde capitán como Severo de la Cruz, personaje que se basa en su abuelo materno, quien con el mismo rango luchó en contra de la rebelión cristera.

Este personaje, Severo de la Cruz, sirve al autor para encaminar y dar cohesión a una novela que está escrita en un estilo muy popular entre los textos decimonónicos de este tipo: el epistolar. Lo interesante es que Lópezgallo mezcla fragmentos de diarios, cartas y proclamas verdaderos —entre otros documentos— con cartas y diarios ficticios. Pero puede perder cuidado el lector, ya el personaje principal expresa en el capítulo dos que: “usted no debe preocuparse por recordar si tal cosa la escribió Juan o la redactó Pedro, pues lo importante no es el autor, sino

lo que nos platica”. Y tiene razón, porque todos estos textos —reales o novelescos— alternan sin que el relato pierda lógica o coherencia; e incluso sin que abandone la forma de hablar de la época o altere los hechos históricos.



Una calle de Puebla durante el asedio por cuadrantes.

Sin duda, 1863. *El sitio y la caída de Puebla* remonta a sus lectores y lectoras a una época decisiva en la historia de México y les permite conocer más sobre quienes resistieron las embestidas y los bombardeos enemigos durante dos meses y solo se rindieron tras quedarse sin alimentos —se comieron hasta a los caballos— y municiones que les permitieran resistir nuevos ataques. Los defensores y defensoras de Puebla fueron combatientes y personal de apoyo que, pese a ser inferiores en número frente a las tropas enemigas y tener un peor entrenamiento, armamento, vestido, calzado y alimentación, evitaron que quienes en ese momento eran considerados los mejores soldados del mundo se apoderaran por la fuerza de la Angelópolis. La caída de Puebla en 1863 fue una derrota, sí, pero una derrota que los mexicanos debemos conocer y de la que, a pese al resultado, podemos estar orgullosos.

Por otra parte, en un momento en que la lucha política entre partidarios y detractores de la autonombraada 4T domina la discusión y paraliza la toma de acuerdos, esta novela rescata la figura del general conservador Miguel Negrete, quien tras combatir contra los ejércitos juaristas, se les unió cuando la intervención francesa tomaba forma. Cuestionado por sus amigos y antiguos correligionarios, quienes le reclamaban que peleara junto a sus enemigos, Negrete les respondió de una manera que no admitió más replicas: “yo tengo patria antes que partido”. Y no mentía, ya que luchó con valentía contra la intervención y el imperio de Maximiliano. Sin duda, el ejemplo del general Negrete debería orientar hoy nuestra actuación y ayudarnos a superar cualquier diferencia, pues el bienestar nacional debe estar sobre el particular.

Es por todo esto y más que esta novela histórica es sumamente recomendable. Sin duda, puede ser tomada como un muy buen punto de partida para quienes no son especialistas en el tema y desean conocer más sobre este periodo de la historia nacional. O para quienes disfrutaban de este tipo de textos, en el entendido de que la narración es interesante, amena y muy apegada a los hechos reales.

## Ilustraciones

1. Ataque al fuerte de San Javier durante el sitio de Puebla, 29 de Marzo de 1863. Obra de Jean-Adolphe Beaucé (1818-1875). Procedencia: <https://histoire-image.org/fr/etudes/siege-puebla?t=142&d=31&i=328>
2. Retrato del general Miguel Auza. Procedencia: <https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A446249>
3. Una calle de Puebla durante el asedio por cuadrantes. L'illustration. Journal Universel, IIB-UNAM. Procedencia: [https://www.mediateca.inah.gob.mx/webapps/publicaciones-digitales/carlos\\_casarin/Cap2B/files/stacks-image-2790d9c.jpg](https://www.mediateca.inah.gob.mx/webapps/publicaciones-digitales/carlos_casarin/Cap2B/files/stacks-image-2790d9c.jpg)